



CAPITULO CUARTO.

CONCLUSIONES

En Mayo de 1822, sólo había en México, según Zavala, respecto á partidarios de la república, unos cuantos individuos que habían leído á Juan Jacobo Rousseau; un año después todos los habitantes de la nación capaces de pensamiento político, eran republicanos, excepto los españoles y algunos españolizados enemigos de la independendia ó fieles al plan de Iguala. ¿Cómo explicar que un pueblo que según sus historiadores, fué educado trescientos años, para el servilismo de la monarquía absoluta, en menos de un año se hubiera transformado en ardiente republicano democrático?

En primer lugar el fenómeno que acabo de apuntar tiene una gran base de pura palabrería. La clase indígena que entonces formaba la mayoría de los nativos del país, no era monarquista española, ni democrática, sino tradicionalista azteca, y su escaso pensamiento político se manifestaba decidido por la regresión. Se convirtieron rápidamente en republicanas, gran parte de la clase rica criolla, la clase media, la submedia y las plebes mestizas. Semejante conversión nada tiene de sorprendente. Cuando á un individuo analfabeta

feo, enfermizo, raquítico, indigente y perezoso, se le pregunta si quiere ser fuerte, bello, rico, robusto, sano y poderoso, contesta al momento que con júbilo acepta la transformación. Cuando á un pueblo débil, analfabeta, pobre, vanidoso y vicioso, se le pregunta si quiere ser un pueblo democrático, es decir, culto, virtuoso, rico y poderoso, contesta sin vacilar que sí desea ser grande, opulento y temible. ¿A quién le dan pan que lllore?, dice el refrán español. que aplicado á la política en pueblos que acaban de salir del antiguo régimen, sin cultura, quiere decir que todos ellos aceptan forzosamente la democracia, que es expresión ideal de virtud, fuerza y poderío.

A esos infelices pueblos se les dice la mentira fundamental del gran arte demagógico, y es, que para pasar un pueblo de condición política-histórica muy humilde al rango supremo democrático, le basta con practicar el sufragio político popular á favor de los **amigos del pueblo**, y son amigos del pueblo en su concepto los que tal cosa le dicen y lo prueban, halagando las más viles pasiones populares. La primera condición para que un pueblo pueda ser demócrata es no aceptar amigos, ni protectores, ni representantes que representen sus vicios y sus apetitos salvajes.

Como es enteramente falso el medio jacobino para que el pueblo se eleve hasta la democracia, resulta que todos los pueblos incapacitados para la libertad, viven miserablemente masticados por los dientes carniceros de las facciones, y llega un momento en que alecciona-

dos por sus grandes desgracias, consideran la democracia como la más negra de las pestes, la república como la más desgarradora de las torturas, la libertad como la peor de las tiranías y los derechos del hombre como un conjunto de azotes de los que escapan las bestias. Cuando un pueblo bien tiranizado por el jacobinismo hasta la trituración de aquellos derechos humanos que respetan aún los monarcas absolutos más próximos á las fieras; ostenta su brutal y lúgubre desesperación; es el momento de la aparición de las dictaduras ó de los cesarismos. Napoleón I llegó á tiempo en que Francia necesitaba de su energía y de sus bayonetas para exterminar á sus opresores ya descarados que habían fingido ser sus desinteresados amigos. D. Agustín Iturbide cometió el imperdonable desacierto de ofrecer su cesarismo, antes que el pueblo, sollozando, pidiera **mano de fierro salvadora**, y cuando precisamente el pueblo creía ahogado en su vanidad, que Iturbide estaba obligado á ser un Washington, puesto que él tenía condiciones idénticas á las de los norte-americanos para merecer la democracia.

Ese primero y gran desacierto lo salvó Iturbide con honor y habilidad, renunciando la corona imperial y decidiéndose por el destierro á la manera de los héroes antiguos. Pero el segundo desacierto fué colosal; volvió al país en los momentos en que la burocracia federalista que había quintuplicado los empleos públicos del gobierno colonial para dar los primeros bocados á su voracidad; estaba ya sen-

tada en el banquete calculado interminable, esperando el desfile de los demagógicos manjares. Si para esa clase la independencia se había hecho con el objeto de comer hasta reventar; la llegada de un hombre llamado héroe, que debía levantar del banquete á millares de abogados tribunos en posesión de **gruesas** de empleos públicos, para entregar la cocina á sus soldados; tenía que transformar á cada burócrata en un animal en brama, de hembra, de jamón, de aguardiente y de toda clase de sibaritismo gratuito. Iturbide, en el caso en que se puso no podía cometer un simple delito político; su papel era peor que el de traidor á la patria, era el de traidor á los vientres que esperaron que la espada del héroe se convirtiera en asador y toda su gloria en salchichas refocilantes para sus partidarios.

Si Iturbide se espera á 1829, es decir, si pasa cinco años en el destierro, habría sido el héroe redorado del ejército, y más de la mitad de la sociedad lo habría aclamado con frenesí. En 1829 el ejército comprendió que había hecho la mayor de las estupideces consintiendo en la fundación de la república llamada federalista. Un ejército pretoriano, como lo era el de 1829, debía, si lo juzgaba conveniente, derrocar todas las noches á un César para aclamar á otro César, pero derribar á un César para aclamar una república federal, entre cuyas bases debía desaparecer el ejército permanente, para ser substituido por las guardias nacionales de los Estados; era llegar al colmo de la imbecilidad. El federalismo quería decir en 1829:

“La nación para los caciques y para los abogados sin clientela,” mientras que el cesarismo quería decir: “La nación para las caramañolas de sus soldados.” No hay duda, el ejército de 1829 fué ya partidario del ejército, y toda la lucha, desde esa fecha se redujo hasta 1880 á militarismo contra caciquismo, á soldados y dictadores contra caciques y demagogos. Volviendo al país en 1829, Iturbide habría venido á ocupar su puesto al frente de los intereses del ejército, como lo ocupó después en su lugar el general Santa Anna, y el ejército en su gran mayoría le habría sido siempre fiel, como lo fué con Santa Anna.

Santa Anna nunca fué derrocado por el ejército; por el contrario, el ejército derrocó á todos por restablecer á su ídolo Santa Anna. Santa Anna fué derrocado por los caciques y los liberales, demagogos ó no, enemigos del ejército. Santa Anna fué un político muy hábil, nunca quiso derramar sangre inútilmente. ¿Estallaba débil la revolución? La aplastaba con crueldad. ¿Aparecía la revolución poderosa? Se iba al extranjero diciendo: “Ya les cansó mi dictadura, necesitan refrescarse con un poco de demagogia, y cuando ésta los espante, verán en mí su única salvación y me llamarán.” No es cierto que Santa Anna haya sido traidor á todos los partidos, por la sencilla razón de que no habiendo habido en México partidos, era imposible traicionarlos.

No habiendo habido más que facciones, y no habiendo habido nunca verdadera política conservadora, las facciones se dividían en dema-

gogia verde y demagogia roja, pero tampoco esas demagogias chocaban seriamente, porque el cambiar de casaca, ó sea el pancismo, era lo que había obligatorio en política. No había, como dicen los ingleses, más que los *in* y los *out* del presupuesto.

Santa Anna sabía que los verdaderos dictadores son muy raros, y que siéndolo él, la nación tenía que suplicarle la oprimiera, aun cuando él hiciese horrores en su vida pública ó privada, siempre que garantizara poder retorcér el pescuezo á la demagogia, cada vez que ésta intentara producir la anarquía social.

Sabiendo Santa Anna que en su país la forma natural de gobierno era la alternativa entre la dictadura y la demagogia; sabiendo que en su papel de dictador era útil á la sociedad; no se le puede encontrar inconsecuente con los principios, cuando se le ve obsequiar el único principio verdadero que existía: impedir la anarquía social con su dictadura, cada vez que la sociedad aterrorizada por la demagogia se lo pidiera de rodillas, con sermones calurosos en los púlpitos, rogativas en todos los templos, **Te Deum** solemne en la Colegiata de Guadalupe, vivas y aclamaciones delirantes en los cuarteles, lágrimas en las clases acomodadas y decisión de las plebes para servirle de caballos. Bien estudiada nuestra historia, Santa Anna ha sido uno de los hombres útiles que ha tenido México. Salvó muchas veces nuestra nacionalidad, pues la anarquía social que sin él hubieran realizado las demago-

gias no la habrían consentido los Estados Unidos.

D. Agustín Iturbide debió haber ocupado el lugar de Santa Anna, ¿hubiera podido hacerlo? Santa Anna fué hombre de gran talento, como lo probó descubriendo en muy poco tiempo el gran secreto político de las naciones latino-americanas, y especialmente de su país. De todos modos, si Iturbide hubiera venido al país en 1829, lo habrían recibido sobre flores, y no sobre un patíbulo. Su crimen fué adelantar cinco años sus pretensiones.

¿Cómo se explica el atentado contra la memoria de Iturbide, denigrándolo en nuestra historia y dirigiendo sobre ella la odiosidad del pueblo? La respuesta es tan bochornosa como fácil, dado el analfabetismo de nuestras masas y su organización tan científica para el servilismo demagógico. El jacobinismo dispone temporalmente de todos los lugares de la historia patria; sin que en frente puedan ponerse los pocos escritores elevados que en México se ocupan de asuntos históricos. Entre nosotros, y desgraciadamente, la historia es una especie de club faccioso, en cuya tribuna dominan los que hacen de la literatura un puñal, de la verdad un delito, de la lógica una ofensa á la nación y de la justicia un vaso de embriaguez, pérfida y degradante. Mientras que el pueblo mexicano, en sus masas sin instrucción ni moral pública, tenga por la demagogia el culto que debía tener por la civilización, no conocerá como debe ser á sus grandes hombres, pues **ni son todos los que están, ni están todos los que son.**

No es tiempo de que entre nosotros, la crítica histórica obtenga grandes victorias aplaudidas por la ilustración de nuestras masas. Espero que para el Centenario de 2110, dentro de doscientos años, se habrá reconocido que los tres héroes prominentes de nuestra independencia, fueron Hidalgo, Morelos é Iturbide. Como los muertos no se cansan de reposar en sus tumbas, Iturbide bien puede esperar algunos cientos de años, á que el pueblo mexicano, en la plenitud de su cultura, le reconozca con moderados réditos lo que le debe.

FIN.